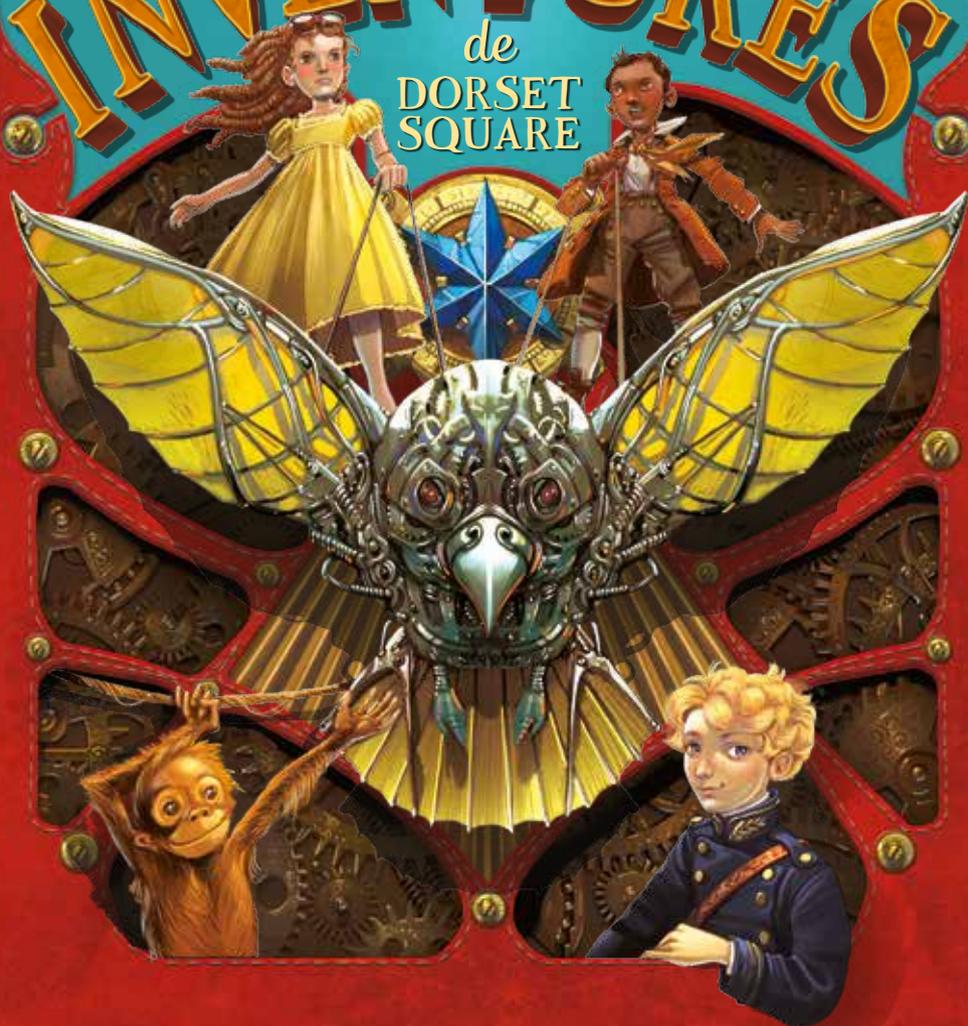


A. M. MORGEN

Los

# INVENTORES

de  
DORSET  
SQUARE



Los  
**INVENTORES**  
de  
DORSET  
SQUARE



A. M. MORGEN

*Los*  
**INVENTORES**  
*de*  
DORSET  
SQUARE

Traducción de Jaime Valero

ANAYA

Título original: *The Inventors at No. 8*

1.ª edición: octubre de 2018

© Glasstown Entertainment, 2018  
© De la cubierta: Hachette Book Group, Inc., 2018  
Esta edición se ha publicado por acuerdo con  
Little, Brown and Company, New York, New York, EE. UU.  
Todos los derechos reservados.  
© De la traducción: Jaime Valero Martínez, 2018  
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2018  
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid  
www.anayainfantilyjuvenil.com  
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño de cubierta: Iacopo Bruno (Karina Granda)

ISBN: 978-84-698-4726-8  
Depósito legal: M-20010-2018  
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas  
por la Real Academia Española en la nueva  
*Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010.



PAPEL DE FIBRA  
CERTIFICADO

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

Para I. R.

Siento que no aparezcas en este libro.  
Espero que algún día lo leas a pesar de todo.

Besos





## Prólogo

Casi todo el mundo coincide en que hay ciertas personas que tienen muy mala suerte, pero George, el tercer lord de Devonshire, era el niño más desafortunado de todo Londres. Y podía demostrarlo.

Prueba núm. 1: lady Devonshire, su madre, murió después de dar a luz.

Prueba núm. 2: cuando George tenía cuatro años, consiguió hacer el pino. Su querida institutriz se llevó una sorpresa tan grande que murió atragantada con el caramelo que tenía en la boca. Desde ese día, George no se atrevió a mostrar destreza en ninguna actividad física, por miedo a matar a alguien.

Prueba núm. 3: el día que George cumplió diez años, su padre le compró unos patines de último modelo. Antes de que George pudiera probarlos, el padre insistió en dar una vuelta con ellos. Salió disparado por una ventana del segundo piso, que estaba abierta, y aterrizó de cabeza sobre el sendero de ladrillo que había en el jardín trasero, ante los pies de su propio padre, el primer lord de Devonshire.

Prueba núm. 4: en el fondo, el abuelo de George y primer lord de Devonshire se sintió aliviado de que su

hijo estuviera muerto. Ahora podría dejar de esconder sus objetos de valor bajo los tablones del suelo para impedir que su hijo los empeñara y luego se jugara las ganancias. Por razones que solo él conocía, el primer lord enterró de inmediato a su hijo, el segundo lord, en el jardín. Sin embargo, el primer lord ya no tenía costumbre de realizar tales esfuerzos, así que sufrió un ataque al corazón y murió de forma fulminante.

Prueba núm. 5: tras organizar el funeral del primer lord, el mayordomo y la cocinera se fugaron a la costa para casarse. Llegados a ese punto, estaba claro que la casa —y también George, muy probablemente— había sido maldecida por la mala suerte. Así pues, George no se sorprendió cuando supo que el mayordomo y la cocinera se habían ahogado durante su luna de miel.

Y para rematar:

Prueba núm. 6: la criada salió a comprar flores para el funeral del primer lord y murió atropellada por un carruaje nada más salir de la floristería.

Así, al atardecer del día del décimo cumpleaños del tercer lord, el número 8 de Dorset Square contaba solo con dos habitantes: George y un nuevo sirviente entrado en años, Frobisher.

Frobisher había llegado recientemente para sustituir al anterior sirviente entrado en años, que había fallecido unas semanas antes (Prueba núm. 7). Pero nada más entrar en la casa, Frobisher contrajo de inmediato una laringitis y un fuerte resfriado (Prueba núm. 8), así que tuvo que guardar cama. Sorprendentemente, ni el resfriado ni la inflamación en las cuerdas vocales le costaron la vida, aunque los mocos y la imposibilidad de hablar persistieron.

En el transcurso de un trágico cumpleaños, el tercer lord de Devonshire se había convertido en huérfano y en el propietario del número 8 de Dorset Square.

¿Era una lástima? Sí, lo era.

¿Era el tercer lord de Devonshire el niño con peor suerte de todo Londres, y posiblemente de todo el Imperio Británico? Probablemente.

¿Cabía también la posibilidad de que el niño más desafortunado del mundo llegara a convertirse en el más suerteado? Es posible.

Pero solo si era lo bastante valiente como para intentarlo.





## Capítulo uno

**G**eorge, el tercer lord de Devonshire, comenzó su duodécimo cumpleaños de mal humor.

Para empezar, estaba lloviendo. Aquello no era tan inusual, ya que en Inglaterra está lloviendo cada dos por tres. Sin embargo, una cosa es que esté lloviendo fuera...

Y otra muy distinta es que esté lloviendo dentro de casa.

George se despertó por culpa del agua que caía sobre su nariz desde unas goteras inmensas que se habían formado en el techo.

—Feliz cumpleaños —dijo George para sus adentros.

«Plop», respondió la lluvia.

George se vistió cuidadosamente con su mejor ropa, que también resultaba ser la única que tenía, ya que el miércoles pasado había vendido los últimos pantalones de repuesto que le quedaban. Después se fue a la cocina para degustar su desayuno habitual a base de agua caliente y corteza de pan.

No había ni rastro de Frobisher. George supuso que se habría ido a ver al anticuario. La noche anterior, George le había pedido a su criado que vendiera el viejo uniforme de

marino de su abuelo, que estaba roído por las polillas. George podría haber cumplido él mismo ese recado, pero no había vuelto a salir de su destartado hogar desde su décimo cumpleaños, hacía exactamente dos años. No se fiaba del Mundo Exterior que se desplegaba al otro lado de las puertas del número 8. Estaba convencido de que su mala suerte le alcanzaría aún más deprisa ahí fuera.

Aun así, se sintió muy solo ahora que Frobisher no estaba en casa. Aparte de su criado —y de doña Daly, por supuesto, que era la adorada rata que Frobisher tenía como mascota—, George no contaba con más compañía que la de los acreedores que aparecían de vez en cuando para exigir el pago de las numerosas deudas que había dejado su padre tras su muerte.

Al no tener nada mejor que hacer en su cumpleaños, George se dedicó a cumplir con su rutina habitual. Primero, tal y como hacía todas las mañanas, recogió cuidadosamente los caracoles que se habían colado arrastrándose a través de los rodapiés podridos y los metió en un cubo oxidado para que Frobisher lo sacara luego al jardín. Después, tal y como hacía a diario, se dedicó a registrar la vieja casa en busca de nuevos objetos para vender.

Durante los últimos dos años, había desmantelado lentamente el hogar familiar, pieza a pieza, como si estuviera desarmando un puzle. Frobisher y él habían vendido los tapices y las lujosas butacas de piel, la cubertería y los espejos, los candelabros, las lámparas de pie y los retratos al óleo de parientes varios con cara de pocos amigos. Habían vendido la jaula donde ataño vivía el pobre loro de Frobisher, Frobisher Jr., hasta que lo devoró un búho que lo superaba en tamaño cuando se dejaron una ventana abierta (Prueba

núm. 9). Si George no pudiera seguir pagando las facturas de su padre, los acreedores se quedarían con el 8 de Dorset Square. Y si le arrebataban su hogar, Frobisher y él tendrían que separarse. George acabaría en un orfanato, donde tendría que comer gachas y compartir cama con los piojos.

Prefería mil veces compartir su casa con los caracoles. Y con Frobisher.

Después de revisar durante horas hasta el último recoveco, grieta y rodapié, George no había encontrado nada nuevo para vender aparte de una camada de ratoncitos. Sacó su libro de cuentas para hacer un cálculo de los gastos y los ingresos.

Le quedó tal que así:

Gastos	Ingresos
1. Queso cheddar para doña Daly, 50 peniques	1. El uniforme de marino del abuelo
2. Pastillas, 63 peniques (con sabor a cereza, las favoritas de Frobisher)	2. Siete ratoncitos
3. Remendar los pantalones, 32 peniques (uno tiene que cuidar su aspecto, al fin y al cabo)	3. Diez cubos de agua de lluvia
	4. El periscopio de Frobisher

Con un movimiento enérgico, tachó de la lista el periscopio de Frobisher. Era la única posesión que tenía su criado, y George se arrepintió de haberse planteado siquiera venderlo.

George se atusó el mechón dorado que le caía sobre la sien izquierda, un gesto que solía realizar cuando estaba nervioso. El uniforme de su abuelo era, efectivamente, su última fuente de ingresos, aparte de la ropa que llevaban puesta.

Y aparte del mapa, claro.

Pero George no había incluido el mapa en su lista, porque había jurado que jamás se desprendería de él.

Se sobresaltó al oír unos golpecitos en el cristal de la ventana, que resonaron por la casa vacía. Giró la cabeza hacia el origen del ruido, con el corazón acelerado. ¿Y si finalmente había venido alguien para llevárselo de su casa? Pero lo único que vio fue un magnolio mecido por el viento.

Cayó en la cuenta de que Frobisher llevaba varias horas fuera.

George no recordaba cuándo fue la última vez que había pasado tanto tiempo solo.

¿Y si Frobisher no regresaba?

¿Y si Frobisher se convertía en la última víctima de la maldición de la mala suerte (Prueba núm. 10)?

El silencio quedó roto por un crujido atronador al pie de las escaleras.

Entonces se oyó un suave «tap tap tap» en el cristal, como si alguien lo hubiera golpeado con un dedo fino y largo.

—¿Frobisher? —lo llamó, con la esperanza de que fuera su sirviente.

Pero no hubo respuesta, claro. Frobisher estaba casi sordo, así que, aunque hubiera vuelto a casa, no habría podido oír a George desde el piso de arriba.

George sintió otro escalofrío cuando un rasguño, débil pero perceptible, resonó por toda la casa. Con cuidado de no hacer ruido, el muchacho se tendió en el suelo. El mes anterior le había dicho a Frobisher que vendiera el sable militar de su abuelo. Como no podía ser de otro modo, ahora que había vendido su única arma, la echaba en falta.

George gateó hasta el rellano de la inmensa escalera curvada que descendía hacia la puerta principal.

—¿Hola? —dijo.

Oyó el eco de su voz: «Hola, hola, hola».

Bajó lentamente por las escaleras y se dirigió hacia el salón, esquivando todos los tablones del suelo que rechinaban (que eran la mayoría). Inspiró hondo...

Y con un alarido tremendo, irrumpió en el salón.

Estaba vacío.

Pero..., un momento.

Vio que algo se movía fugazmente en el exterior de la casa. Alguien se había dejado subida la hoja inferior de la ventana. Al otro lado, había un pájaro oscuro posado en el alféizar. Ladeó la cabeza y se quedó mirando fijamente a George. «Tap», sonó, cuando el pájaro golpeó la ventana con el pico.

—Ven aquí —ordenó George.

No le gustaban demasiado los animales, pero pensó que tal vez a Frobisher le gustaría tener un pájaro para reemplazar a Frobisher Jr. Así su criado tendría una razón más para quedarse con George en el número 8, a pesar de los muchos motivos que podría tener para querer marcharse. George no quería que se fuera. Si Frobisher se marchaba, se quedaría más solo que la una.

Pero el pájaro levantó el vuelo, revoloteó entre los árboles que se extendían por Dorset Square y desapareció por una ventana del segundo piso del edificio gris y estrecho que había al otro lado de la calle, correspondiente al número 5.

Que un pájaro entrase volando en el número 8 no era extraño, pero que un pájaro lo hiciera en el 5 era rarísimo. Que George supiera, era la residencia de invierno ocasional de la familia Milbanke. La mayor parte del tiempo, sin embargo, la casa permanecía cerrada a cal y canto. En diversos momentos había recibido la visita de un pariente famoso, el poeta lord Byron, pero hacía años que el literato no se dejaba ver por allí. Una tarde del verano anterior, a través de la ventana de la cocina, George había escuchado a las criadas cotillas del cercano número 7 decir que el poeta había dejado su equipaje en la casa y nunca había regresado a buscarlo.

—Estúpido animal —dijo George.

¡Y pensar que le había asustado un pajarillo! Era obvio que no había nadie más en la casa. Se habría imaginado los ruidos.

George soltó la hoja de la ventana, que se cerró de golpe. Volvió a echar el pestillo oxidado como buenamente pudo.

Fue entonces cuando una mano se posó con fuerza sobre su hombro y George pegó un grito.



Una vecina inventora,  
un pájaro mecánico y un mapa  
del tesoro van a cambiar  
el destino del huérfano  
con más mala suerte  
de Londres.

Una entrañable  
y divertida aventura  
repleta de misterio y  
personajes fascinantes

ISBN 978-84-698-4726-8



1578538

**ANAYA**

[www.anayainfantilyjuvenil.com](http://www.anayainfantilyjuvenil.com)